

los muros y lo airoso de las bóvedas y la robustez y elevación de las torres se adivina la enormidad del cimientó de las construcciones que alzaron. Fueran á la verdad menos dignos de loa, si hubiesen guardado en libros su nombre y sus hazañas; mas porque mejor se aplicaron á emprenderlas que á escribirlas, mayormente debemos aclamarlos, en coro al menos, como á ejército victorioso que sigue la vía triunfal en pos de su caudillo y su bandera.

II

A la entrada del siglo XVII, para notar el paso de la edad heróica á la tranquila de reconstrucción y engrandecimiento, bien es erigir dos columnas con piedras sacadas de nueve templos y conventos de agustinianos; echar el arquitrabe con numerosos volúmenes de Teología, Jurisprudencia, Filología é Historia; ornar el cornisamento con las inscripciones que dicte la gratitud de mejicanos, tarascos y matlatzincas; y alzada así en arco de triunfo la obra de sesenta y cuatro años de humilde, casta y religiosa

vida, asentar sobre la clave el venerable busto de fray Diego Basalenque, para que cual llegan las olas una tras otra y de blanca espuma salpican al marino peñón inamovible, así á pagarle deuda de admiración y amor lleguen una en pos de otra las gentes todas de esta región americana.

Quando fray Pedro de Castroverde, venciendo contradicciones de cuatro años (1599-1603), ganó licencia del conde de Monterrey para abrir el templo de San Agustín y tocar su campana, tenía San Luis seis cuadras ó calles que hasta hoy conservan su primitivo lineamiento: aun se conocen las cuatro primeras con los nombres del Arenal, San Agustín, la Concepción y la Cruz; corre la quinta de la Santísima Trinidad á la Caja Real (obispalía después); y va la sexta del Santo Entierro (costado de San Francisco), á la ermita de la Santa Veracruz, convertida al fin en templo de la Compañía. Hallábase la población diseminada por las minas, el real, los laboríos, las haciendas de beneficio y las carboneras á distancias de quince ó más leguas. No bastando los clérigos que de la mitra de Michoacán hubo desde el comienzo, faltaba doctri-

na; pues aunque los religiosos franciscanos acudían á la administración de los sacramentos, no tenían lengua tarasca, que llegó á ser la principal entre estos indios. Y aquí sé explica la filiación del vocablo Tangamanga con que las minas del Cerro de San Pedro son en vieja Crónica nombradas: es á no dudarlo tarasco, impuesto por los advenedizos michuacas, aunque no adoptado oficialmente, puesto que no figura en documento público alguno.

Los monjes agustinianos sí contaban con ministros de lengua tarasca por haber evangelizado en tierra de Michoacán: de ahí que el virrey les diese parte en la administración eclesiástica de este pueblo, y licencia para convertir su hospicio en monasterio. Echó sus cimientos el P. Castroverde y lo gobernó como Prior fray Pedro García. Mas quien sobre todos lo ilustró fué Basalenque, no tanto por haber entendido en su fábrica y gobierno hacia 1614, cuanto por haber en él instituido la primera enseñanza de Gramática junto con la doctrina de los niños, bajo tan favorables auspicios, que para 1620 formaban en la eclesiástica milicia más de sesenta hijos del pueblo, treinta de los cuales

tomaron el hábito de San Agustín y fueron después, en opinión de su maestro, sujetos muy floridos en religión y letras, lectores de Artes y de Teología muchos de ellos y casi todos grandes y celebrados predicadores.

Cual requerían las circunstancias en pueblo de nueva creación, los indios adultos se entregaban á trabajar las minas, á romper el campo, á edificar las casas; y pocos eran los días festivos para que adquiriesen la mayor instrucción posible, la moral y religiosa. Por mucho que se medite, no se hallará otro medio mejor que el empleado entonces, de hacer servir á los indios á la reconstrucción de la sociedad: cristianarlos, enseñarles los oficios mecánicos y mezclarlos con las demás razas para evitar que degeneraran ó se extinguieran, como se han extinguido ó degenerado los que por circunstancias especiales fueron extraños á aquel impulso. Cuanto á los niños, ¿qué tarea más útil que doctrinarlos en el convento, haciendo de éste verdadera y propia escuela normal, conforme á las actuales necesidades y á las ideas reinantes? Empezando por aprender las letras y los cantos sagrados para servir en

el altar y el coro, acababan por reemplazar á sus maestros en clases, púlpitos y prelacías. Y no se había menester más durante una época de formación. En el P. Basalénque tenemos también valiosa muestra de que la instrucción de los conventos, lejos de ser mezquina, abrazaba todos los ramos del saber, como entonces se estimaba en el mundo. Venido á América de nueve años de edad, á los quince vistió el hábito de novicio. Toda su ciencia, pues, la aprendió en el claustro: no sólo Teología, Mística, Moral y Cánones, en que fué muy versado, cual certifican sus numerosos escritos, sino Filosofía y Humanidades, lenguas latina italiana, griega, hebrea, mejicana, pirinda y matlatezina, y Astronomía y Arquitectura y Música y Poesía.

A de ir verdad, tocaba lo peor á los españoles adultos. Cualesquiera que fuesen sus conocimientos adquiridos en la metrópoli, tenían que agostarse como planta transportada á ingrato suelo, en la licencia de la vida militar y en los trabajos y desórdenes inherentes á su codicia y casi absoluto dominio. No soñarían, de fijo, en ningún centro intelectual, ni pensarían si su conducta

oponía graves obstáculos á la cordial reducción y doctrina de los indios. El remedio, sin embargo, vino oportunamente, y tan eficaz como los hijos de San Ignacio han cuidado siempre de ministrarle. Su primer asiento en el territorio guachichil fué por 1594 San Luis de la Paz, donde fundaron escuela, en situación propia para dar frecuentes misiones en Nuestra Señora del Palmar, minas de Xichú y San Luis Potosí. Mas no sabemos que hayan venido á esta ciudad antes de 1615, en cuya cuaresma cogieron abundosa espiritual cosecha, siquiera no tan rica como en la de 1621, que llegaron de Zacatecas y empezó á tratarse de la fundación de un colegio. Honra á nuestros pasados el afán que mostraron de cooperar á ésta: á don Juan de Zavala el haber hecho donativo de cincuenta mil pesos que dejó por testamento, no menos que á su sobrino y heredero del mismo nombre el haber dado á los jesuitas la casa que había sido de aquél; tanto al obispo de Michoacán el haber aprobado en 1624 el establecimiento de la casa de estudios, como á los republicanos el haber cedido á su turno la er-

mita de la Santa Veracruz con vasos sagrados y ornamentos.

Quiso Felipe II al enviar jesuitas á las Indias, que fundasen colegios y ayudaran á la pronta conversión de los naturales. Considerando empero los superiores que ocupadas las demás religiones en doctrinar á los indios, no atendían especialmente á la educación de la juventud y reforma de costumbres de los españoles, prefirieron instituir misiones y colegios, antes de lanzar sus bien disciplinadas milicias á tierra de infieles, como nos consta que al fin lo hicieron desde el Nayarit á California.

Emulo del gran jesuita español de igual nombre, autor de varias obras teológicas y morales y predicador muy aplaudido en la Casa Profesa de Méjico, el P. Luis de Molina con dos compañeros cuyo nombre se ignora, fundó este colegio, más que de ciencia y letras, seminario de altas virtudes.

En la predicación y el confesonario pronto tuvieron por celosos colaboradores á los PP. de la Merced, quienes en 1628 tomaron posesión de la ermita de San Lorenzo, donada por la viuda del capitán Gabriel Ortiz de Fuenmayor. Cupo la gloria de fabri-

car el primitivo convento á varón que dignamente figura al lado de los Basalenques y Molinas; pues mereció que sus contemporáneos le llamasen *Herrera el sabio*, menos por haber ilustrado á su provincia con algunos escritos, que por los aventajados discípulos que formó, algunos de los cuales fueron condecorados con la mitra. En oposición al dominicano Naranjo, y á los clérigos Poblete y Muñoz, obispos después, ¿qué mucho que ganase la cátedra de vísperas de Teología, quien enseñó Filosofía desde los diecinueve años y antes de los treinta fué Maestro en Teología y Artes, doctor y rector de la Universidad? No es maravilla que la segunda vez que pasó á España los doctores de Valladolid le honrasen pidiéndole al general para la Universidad Pinciana; como tampoco que al bajar á la tumba cargado de años y merecimientos, le atestiguara su devoción la Universidad Mejicana con muy solemnes exequias.

Fray Juan Herrera, en efecto fué de los más preclaros doctores de su tiempo, y aunque para San Luis no brilló sino en el confesonario y el púlpito, debemos mirarle como nuestro, porque en favor de los nuestros

ejerció la influencia propia de su saber y sus virtudes. Inútil sería deplorar que no haya noticias del período que pasó entre nosotros; inútil asimismo hacer el recuento de los frutos que durante ciento y cuarenta y tres años dió el colegio potosino de la Compañía de Jesús: nada se añadiría á los méritos de aquel sabio, y nada á la justa fama que como maestros de la juventud gozan los jesuitas en ambos mundos. Su mejor ecomio lo hizo el P. Basalenque en seis líneas de su Historia, donde dejó escrito que en el convento de San Agustín duró la enseñanza doce años (1614-1626), hasta que llegaron y la pidieron los Padres de la Compañía, á quienes, añade, "dímossela de muy buena gana por la mejoría con que acuden á este santo ejercicio;" y la mayor alabanza del vigor y disciplina del colegio se debe al P. Salvador de la Gándara, quien estando en Querétaro y acabando de visitar como Provincial el año de la expulsión (1767) todos los colegios de tierra dentro, se limitó á decir que no había tenido que reprender ni reformar cosa alguna.

De sus alumnos que figuran en el catálogo de escritores, hemos de citar, no obstan-

te, al P. José de Porras que tomó la sotana en el obispado de Méjico, en 1660, y allá floreció enseñando Filosofía y Teología; y al P. Feliciano Pimentel que profesó en Tepotzotlan, en 1676, y fué á enseñar Filosofía á Guadalajara, donde dejó varios monumentos de su piedad y celo. Lejos de aquí asimismo vistieron la sotana en el cuatrienio de 1682 á 1686, los PP. Francisco Méndez, Juan Goicoechea y Matías Esquerra, quienes en el magisterio honraron, igual que los ya citados, al Potosí su cuna. Todos sus escritos fueron sermones, y no todos fatigaron las prensas. Excuso, pues, dar el título, la sola cosa que de ellos nos ha llegado; aunque el P. Goicoechea haya merecido por los suyos el ser llamado inimitable y el P. Pimentel alcanzado á su muerte honores extraordinarios. No son los únicos escritores jesuitas de que San Luis puede ufanarse; los hay que le pertenecen todavía mejor que los mencionados. A esta tierra vinieron y en ella duermen su último sueño: los PP. Mateo Galindo y Juan de Dios Riba, que además de maestros fueron rectores de este colegio (1667-1718); el Hermano Juan Contreras, profesor de Retórica

(1693); el fervoroso misionero Juan Cerón (1705), cuyos rosarios se repartieron á guisa de inapreciable reliquia los fieles de esta ciudad: y el P. Antonio Ignacio Mayorga, que fué prefecto de la congregación de la Anunciata [1744]. No hay qué decir si también escribieron sermones; pero sí que en Méjico hizo imprimir el P. Galindo una Gramática Latina; que compuso el Hermano Contreras un Certamen Poético; y el P. Cerón entre varios tratados uno *De Virtutibus Theologicis*.

III

Muy exigua debe parecer esta cosecha de un siglo. Pues añádase que de los tres mil seiscientos ochenta y siete artículos que la Biblioteca de Beristáin contiene, la cual, como se sabe, abraza todo el período de la dominación española, no pasan de veinte los relativos á potosinos de origen, ni de sesenta y tres cuantos por este ó aquel motivo particularmente nos conciernen. Todavía en ese pequeño número hay que distinguir

los escritores que lograron imprimir sus obras, cosa por extremo difícil, de los que manuseritas las dejaron en la biblioteca de su convento. Mas cuenta que corriendo los costos de la impresión á cargo de los fondos conventuales ó de algún devoto del autor, muy escasos tenían que ser, aun sermones y crónicas, los libros que se dieran á la stampa. Hoy mismo, á pesar de los adelantos alcanzados en todas líneas y de la amplia libertad de publicar escritos, raro es quien sin arruinarse llega á imprimir sus libros; y si por el número de los que han aparecido en el Estado independiente de San Luis Potosí fuera á juzgarse de su progreso intelectual, seguramente que, haciendo la proporción debida, no resistiría la comparación con el de nuestro siglo XVII, que no conoció la tipografía, y en que para las tres ó cuatro que había en todo Méjico faltaba absolutamente el papel ó alcanzaba precios fabulosos.

La verdad es que en su gran mayoría aquellos hombres, teniendo ocupadas las manos, dejaron ociosa la pluma. El siglo XVIII fué más fecundo, pero no más grande. En tanto que fray José Victorino en-

riquece la filología indígena con un *Arte y Vocabulario completo de la Lengua Tarahumara*, otros franciscanos, potosinos también, Fr. Miguel Díaz y Fr. Antonio Ruiz, hacen florecer los estudios teológicos con escritos que confirman al primero el título de *Escoto de la Nueva España*. El abogado Antonio Ribera da á conocer ventajosamente el nombre de nuestra ciudad con brillantes alegatos en la Audiencia de Méjico; y en ella y en Guadalajara visten con honor la toga los Azpeitias, Clavijos y Salinas. Dos hijos de San Luis, en ciencia y literatura eminentes, fray Juan Salazar y el Ilmo. D. Fr. Vital Moctezuma, obispo de Chiapas, figuran en la militar orden de la Merced. La expulsión de la Compañía de Jesús comprende á nuestros compatriotas los PP. Francisco Javier Molina y Andrés Fuente. Y nuestro clero se honra con dos escritores ilustres: D. Antonio Maldonado Zapata, descendiente de los condes de Lemus y de Barajas, y Don Manuel María de Gorriño y Arduengo.

Algo más que sermones constituye en esa centuria nuestro caudal literario. El P. Gorriño, por ejemplo, además de dos obras

de Herbei que tradujo del francés, nos dejó un tratado filosófico que aun permanece inédito. Mucho antes que él fray Luis Hermoso, estudiante en esta provincia y después doctor franciscano graduado en Bolonia, escribió una *Alegación en favor de los indios de San Sebastián del Venado, sobre su derecho á las tierras y aguas que poseen*. Casi al mismo tiempo que se trabajaba esta obra, ocupábase el franciscano irlandés Fr. Pablo Asunción, Lector y Definidor de esta provincia, en una disertación teológico-moral sobre el diezmo de las platas de rescate con perjuicio del real derecho del quinto. Y para citar sólo escritos que no traten materias religiosas, mencionaremos también uno del Intendente don Bruno Díaz de Salcedo intitulado *División de San Luis Potosí en Cuarteles, erección de Alcaldes y Ordenanzas para su Gobierno y Policía*.

Esta breve enumeración será quizás un respiro á los que gusta poco el oír de sermones; no á los que estimándolos pobre pero único patrimonio, quisiéramos poseerlos para aspirar deleitosamente en sus hojas el olor de la tradición, que es polvillo de las edades. Por las piezas oratorias, y

las sagradas mejor que otras, se tiene rápidamente idea de la sociedad á que son destinadas. No carecen, en general, de alusiones; se acomodan al gusto y capacidad del auditorio y consignan sus más fervientes anhelos; son, en suma, cuadro borroso, reflejo al fin, del tiempo y de sus hombres, de sus ideas y aficiones y aun de sus costumbres. *Vida del amor de Cristo esculpida en el corazón de Santa Teresa; Ecos del Espíritu Santo en la congregación de S. Pedro de la ciudad de San Luis Potosí; Archi-serafín de la Iglesia*, y otros títulos á este tenor, hijos de una erudición que se desbordaba inoportunamente en citas de Estrabón y de Polibio y en acotaciones de Aristóteles y del profeta Ezequiel, son las pobres muestras que nos es dable citar del culteranismo en cuyas inextricables redes se agitó la oratoria del pasado siglo. A tener los escritos en nuestras manos, ¡con qué ansiedad bregaríamos por entre los enrevesados conceptos que fueron tan del gusto de nuestros padres, para saber quién era “el rey de las luces y la luz de los reyes,” ó “el Príncipe más valiente y la dama más prendada!” Y en oyendo hablar de “la santidad

en un breve por un breve de Su Santidad,” ó del “Christus, A, B, C, de la virtud y cartilla de santidad, panegírico de San Juan Bautista,” no nos sorprendería que *Babel mejorada en Torres* fuese cumplido elogio de don Nicolás Fernando de Torres, predicado por el carmelita fray Nicolás de Jesús María, á quien aplaudió entusiastamente toda la primera mitad del siglo XVIII; ni tampoco que de una “mina tapada en Nazareth y descubierta en el cerro del Tepeyac,” á regocijar el oído de estos ricos mineros del Potosí saliesen jubilosos himnos, en celebración del patronato de la por siempre amada Guadalupana.

De todo ello puede juzgarse por el libro que en estos días se reimprime, *Descripción* || *de las solemnes* || *festivas demostraciones* || *con que esta nobilísima ciudad* || *de San Luis Potosí* || *celebró el día trece, catorce y quince del* || *Mes de Diciembre de este presente año* || *de mil setecientos setenta y uno* || *el nuevo Patronato* || *de María Santísima* || *Nuestra Señora* || *en su estupenda florida* || *Imagen de Guadalupe;* á la que acompaña el sermón panegírico y doctrinal de *María empeñada y María desempeñada*, predicado en tan

fausta solemnidad por el R. P. Fr. Josef Antonio Pacheco. Sin dejarnos deslumbrar por el desmedido elogio que, en nada menos que en cuatro octavas, hizo del orador su discípulo el R. P. Fr. Simón Carbajal, ni por los pareceres de maestros y doctores que lo leyeron, confesemos que en un solo período trazó magistralmente la grandeza y decadencia de San Luis. Dice:

O, y cómo, podremos preguntar, triste Ciudad, si eres la que eras antes, como de Jerusalén, después de su devastación: *Hæc cunctis est urbs perfecti decoris, et gaudium universæ terræ?* ¿Esta es aquella Ciudad Hermosa, antes alabada de la belleza de su Cielo, de un temperamento benigno, de un apacible terreno? Esta es la alegre Ciudad del Potosí, émula de la risa de la Aurora, y de los Prados? La misma eres; pero no lo pareces, por la mudanza de temporales, por la escasés de las Gentes, que antes te Poblaban, y por altísimos Juicios de Dios, están fuera de tí. ¿Tú eras la nombrada por la riqueza de tus Minas, por lo sazonado y copioso de tus frutos, por lo apreciable de tus habitantes? ¿Tú eras, la que rendías opulentos Tesoros á nuestros Soberanos, como

se dexa ver en los Libros de Cómputos antiguos, que se guardan en sus Reales Caxas y te hiciste nombrada y memorable en la Europa? ¿Y siendo antes esta, qué eres ahora? Ya tu necesidad lo publica. Te falta en tus Minas aquella antigua abundancia de Oro, tan acrysolado, que te grangeó el nombre de Potosí, para que no tuvieras que embidiar á las Regiones de Ofir, y de la Arabia. Te falta por el defecto de las Aguas, el más pulido cultivo de tu fértil terreno. De suerte, que por estas dos causas falta á unos de tus habitantes y Comarcanos qué comer, á otros que vestir; y aun los que parece disfrutan ó manejan algunos Caudales, es ya con tal fatiga, que si no padecen necesidades en el Cuerpo toleran no pocas angustias en el Animo, por el honor que arriesgan, y quiebras á que se exponen. No puede ser tu necesidad más constante; y sólo puede contrapesarle tu devoción ardiente."

Pero lo que yo beso y pongo sobre mi cabeza es la *Descripción* de la festividad empezada cuando rayó la rutilante aurora del día 13, "convirtiendo elbelado Diciembre en el más florido Abril, no sólo del Oro fino

de su Luz, sino también del matiz con que las Flores de *Guadalupe* hacían resplandecer el tocado de su Guedexa hermosa *Aurea fulgebat Roseis, Aurora capillis.*” Leyéndola, ve uno las erguidas torres, *émulas en su altura, y fortaleza, de la de Foro*, hacer la primer salva “al regocijo, resonando los alegres ecos de sus bronces, no sólo para desterrar á Morfeo de la nocturna posesión, que rige; sí, también para convocar á todos á celebrar el día, que ya alboreaba qual presagio feliz de nuestra dicha.” Asiste uno después á la salida del Muy Ilustre Ayuntamiento “con el respetable decoro de las Reales Masas,” que dirige gravemente sus pasos al Santuario de *Guadalupe*, donde es en honra recibido con solemne repique por su capellán el Br. D. Josef Miguel Fernández de Castro. Ve salir la Soberana Imagen en hombros de los principales del Noble Cuerpo, á tiempo que hace una descarga la Compañía de Granaderos de la Tropa Provincial de San Carlos; y la acompaña por calles sembradas de verdes ramos y olorosas flores hasta el convento de la Real y Militar Orden de la Merced, desde donde la sigue por la calle de la Con-

cepción, cuyas puertas y ventanas tal copia de ramos, macetas y flores ostentan, que parece un traslado de los jardines de Chipre, sobresaliendo más en competencia de preciosos damascos y tafetanes que en vistosas colgaduras penden. Mira desfilar á los naturales de todos los barrios, con sus pitos y cajas y sus guiones y estandartes, y sus ancianos y doncellas coronadas de flores; y se descubre en presencia de las Sagradas Comunidades, cada una bajo de su propia Cruz y Ciriales, Preste y Ministros, conduciendo á sus Patriarcas, deslumbradores de oro y plata y perlas y diamantes: San Juan de Dios, San Pedro Nolasco, San Agustín, San Francisco y San Pedro. Y no es maravilla que al ver pasar al portento *Guadalupano* entre alegres clamores, cantos, repiques, innumerables luces, por en medio de las arrodilladas muchedumbres, entre una nube de coplas, décimas, endechas y redondillas, se grave muy hondamente, en nuestro corazón la imagen así descripta de tan piadosa centuria.

Bajo el imperio de dulce emoción religiosa, guardará la crítica como oro en paño los siguientes versos:

Sulfúreas Igneas varias Invenciones
 Preñadas de ruidosos Alquitranes,
 Colgados Tarazeados Tafetanes
 Pendan á el Ayre en trémulos Pendones:
 Así la llama volverá carbones
 Los que la Selva dió bellos Gañanes;
 Empero á mejor fuego en sus Valcones
 Aspiren vuestros tiernos corazones.
 A la que es de la Gracia Saero Erario,
 Con devoto solemne rendimiento
 Jura hacerle cada Año Novenario
 Del Potosí, el Ilustre Ayuntamiento
 Suplicando al de Pathmos mande á Aquario
 Signo sea, que aquí influya muy de asiento.

Si Flores Aparecen
 En nuestra Tierra.
 Los frutos tendrá luego
 Quien Flores tenga.
 Y todos saben,
 Que para haber semillas
 Hay Flores antes.

Espera también cierta
 La Minería,
 Que Metales tendrá,
 Porque en MARIA
 Sobra Oro y Plata,
 Que si de uno se viste,
 De otro se calza.

De la poesía que privaba entonces otro ejemplar poseemos en las décimas de fray Francisco de las Llagas, ó sea don Agapito Arias Maldonado, Cura que fué de esta ciudad en 1730, y que movido de superior impulso, trocó los honores y empleos que gozaba por el retiro y soledad del claustro.

La poesía brota espontáneamente del seno de los pueblos, aun en la infancia, siempre que haya grandes trabajos que cumplir, amada tierra que defender, enemigos fuertes con quien luchar: al romance y á los marciales himnos se mezclan eróticos cantos y trovas caballerescas, porque el amor, el grande, es rosa purpúrea teñida con sangre de valientes y abierta al hálito de la gloria. El verso, la cincelada frase puesta en rima, cortada armoniosamente en combinaciones varias y con la dulce miel de Hyblos perfumada, fruto es de una cultura, de una civilización exquisita, que teniendo satisfechas las necesidades, busca en el áureo cáliz del placer todos los refinamientos. Pero ni poesía ni verso eran posibles en una ciudad sin carácter propio, sin agitaciones ni empresas de lustre, y cuya vida social, fuera de las manifestaciones del culto, se reducía á las poco numerosas fiestas con que la jura de un príncipe, la entrada de un Alcaide Mayor ó una corrida de toros le brindaba.

Mas entonces, cuando la vida se encauza en las tareas vulgares, y adonde quiera se tiende la vista, por la inmensa curva del

lejano horizonte, ni escarpadas eminencias, ni negras nubes, ni presagios siquiera de trabajosos días se descubren, sobre la ceniza de las cosas agita sus poderosas alas el viento del recuerdo, y surge la encantadora visión de lo pasado, limpio de accidentes, lozano y vigoroso, como surgirán los muertos el último día de los siglos.

Entonces florecen los estudios históricos, si no aquellos en que se analiza y depura, aquellos en que se acopia y pondera. Es el tiempo en que un ingenuo narrador, con la misma delicadeza con que los trovadores pulsan las cuerdas del mandolín sonoro, descuelga la péñola del cronista para grabar su nombre al pie de los monumentos leyendarios y esculpir las nobles facciones de los gigantes de la primera edad, de los prohombres descomunales de anchas espaldas, músculos enormes y barba larga y enortijada como el Moisés de Miguel Angel.

Nosotros tenemos en el libro de fray José Arlegui, acabado de escribir en el convento de Tlaxcalilla, extramuros de esta ciudad, á 1^o. de agosto de 1736, la obra más fina y preciada de una literatura dos veces secular; no sólo porque guarda como arca incorrup-

tible la memoria de prodigiosos hechos, trabajos y padecimientos heroicos en que no se ejerció ninguna otra pluma, sino porque vaciado en el viejo molde de Mendieta y Torquemada, refiere en estilo levantado y grave como las notas de un órgano, los remotos sucesos de que fué testigo esta dilatada provincia. Así como han ido saliendo á luz cédulas reales, informaciones jurídicas, autos de repartimiento de tierras, que nos han permitido vislumbrar los orígenes de estos pueblos, irá el tiempo dando de sí, ya manuscritos, ya impresos, discursos, notas, libros, reveladores de nuestra herencia literaria. Mas si todo esto hubiere para siempre perecido, ó lo que se descubra apenas alcance á dar idea del perdimiento, bastante tenemos en la Crónica de Arlegui para trazar como en un mapa las cimas de nuestra historia.

No fué su intención, según él dice, apurar los principios de las ciudades, villas y pueblos de esta Provincia. Tampoco fué tal el propósito de los demás cronistas franciscanos ó de otra orden, porque la obediencia los mantenía dentro de las cosas y fines de su instituto. Pero unida como es-